

BIBLIOTECA NACIONAL DE MADRID

La Moda Práctica

AÑO II.

MADRID 10 DE NOVIEMBRE DE 1909.

NÚM. 98.



La Moda Práctica

ILUSTRACIÓN SEMANAL DE LAS FAMILIAS

Esta Revista no se vende por números sueltos. Solo se sirve por suscripción al precio de 50 céntimos al mes en Madrid y al de 2,25 pesetas al trimestre en Provincias.—Número suelto á los suscriptores: 20 céntimos.

Redacción y Administración: Calle de la Colegiata, 7.—Teléfono 574.—Apartado de Correos 97.—Madrid

EXPLICACIÓN DE nuestras planas en color.

Dos figurines en nuestra portada. Uno para niñas de siete años, con el delantero cubierto por un largo plastrón formando tablero y cintura, que ajusta el talle, recogiendo los pliegues del costado y espalda. El otro es el de un vestido para señoras hechura sastre, con chaqueta levita larga cruzada á dos pechos y abierta por abajo. Mangas anchas y abiertas por abajo, para dar vista á un pequeño farol de satén ó tul doble bordado. Adorno de botones grandes y cuello solapa de terciopelo.

En la doble plana, con el número 1, deshabilé en foulard fresa estampado, de hechura semi-imperio, delantero liso y cintura de terciopelo apropiado, unida á los lados. Mangas abiertas y ribetes en bordado al realce del mismo tono.

Número 2.—Chaqueta sin ajustada en felpa parda, con trencilla y bordado en cordoncillo en forma de guarnición, y botones de la misma tela ó de pasamanería.

Número 3.—Elegante *toilette* en cheviot; cuerpo-blusa con canesú plegado á lo largo, bordado al cordoncillo y trencilla. Cuello alto en encaje. Falda túnica con volante fruncido, guarnecida como la blusa; cierre del cuerpo y la falda, por detrás.

Número 4.—Redingote en paño, con el delantero simulando formar un pedazo, con el faldón añadido; cuello vuelto en terciopelo más oscuro y botones de la misma tela.

Número 5.—*Toilette* para paseo, en cheviot; cuerpo-blusa con bordado al cordoncillo en el mismo tono; tirillas iguales y botones de pasamanería; bieses y sobrepujados en terciopelo; plastrón en encaje. Falda de seis paños con volante plegado adornado como la blusa, y cierre celante, sobre el lado.

Número 6.—Traje Princesa en kamgarn, adornado de bordado en cordoncillo del mismo tono, en forma de corsé. Plastrón en encaje londa y botones de la misma tela, con motivos en cordón. Cierre por detrás.

Número 7.—Paletó en paño, con costuras, hechura sastre. Faldón plegado, añadido sobre los lados; cuello chalé; vuelos y sobrepujado en terciopelo del mismo tono, y botones de tela.

Número 8.—Elegante *toilette* en paño seá, adornada de bordado al realce y cordoncillo del mismo tono. Cuerpo dispuesto con una cintura coselete en Liberty sobrepujado por un ancho ribete en bordado. Plastrón en encaje. Falda de nueve paños, con los laterales ligeramente ahuecados por abajo. Cierre por detrás, y el del cuerpo sobre el hombro y debajo del brazo.

Número 9.—Deshabilé en velo de forma semi-imperio. Delantero liso, adornado de tirillas y botones pasamanería. Cintura en Liberty del mismo tono, unida á los lados. Cuello rodeando la espalda; sobrepujado en terciopelo.

Número 10.—Chaqueta de abrigo en felpa castaña; cuello vuelto con cierre cruzado, y Brandeburgs de pasamanería.

Números 11 y 12.—Blusas en Liberty de confección sencilla y elegante.

En la última plana, continuación de *Labores artísticas*, por M. Salvi.

Con el número 9.—Nombre de Leocadia, para toallas de diario.

Números 10 y 11.—Cifras G H, continuación de abecedario para bordar sábanas.

Número 12.—Entredós ó cenefa para vestido, bordado con trencilla ó cadeneta.

Número 13.—Nombres de lo'ita y Juanita para bordar pañuelos de niñas.

ECOS DE LA MODA

El sol sale para todos, y así como en las vitrinas de los grandes modistos exhibense los más ricos esplendores de la elegancia y el buen tono, las casas de modas más sencillas se hallan repletas de modestas galas, no por humildes menos sujetas á los practicismos del último figurín. Y allí podemos ver exposición notable de espesos tejidos de paño y de gruesa sarga. Claro es que con esta clase de telas no pueden confeccionarse maravillosas *toilettes* de

altísima novedad; pero sin cuidar la perfección del corte, precisa armonía de colores y líneas, buscando ante todo la sobriedad indispensable. Procediendo de tal suerte, podremos tener por poco dinero un sencillo pero elegante atavío para «todo llevar».

En los vestidos de reunión ó teatro predomina el matiz verde, mezclado con el negro, para atenuar un poco su viveza.

Respecto á los tejidos más en boga, acentúase la moda por los géneros de lana muy espesa, que no obstante su consistencia poseen la cualidad de ser ligeras y flexibles.

¿Colores? Los tonos oscuros y también los verdosos, violáceos y heliotropo.

Estos matices tienen la ventaja de resultar algo más nuevos que el eterno azul marino.

¿Y de adornos? Pielés y pasamanería. He aquí el lujo de las *toilettes* nocturnas, con el complemento indispensable de *similis* en todos los tintes, y de espesos bordados sobre los tulés y las gasas de seda.

De abrigos, siempre la forma amplia; los de noche, «vagos y envolventes», y para de día, largos paletós hasta el borde de la falda. Grandes solapas y abotonados hasta abajo. Las personas muy frioleras pueden ha-

cerlos forrar de astracán mo desto ó de nutria de Colombia que se expende á no muy caros precios.

¿Los sombreros han disminuido de volumen?—nos preguntan muchas lectoras.—Huelga la respuesta, viendo por esas calles el gran número de elegantes que continúan llevando sobre su cabeza un cesto de papeles vuelto del revés ó el de la ropa planchada, así que la *preopinante* sea nada más que un poquito exagerada.

También es verdad que no dejan de verse minúsculas toquitas, diametralmente opuestas á los enormes sombrerones de que hablamos más arriba. Ello viene á probar que la moda y la mayoría de sus fieles secuaces desconocen la virtud del término medio, y que en contra del sabio aforismo la gente se pronuncia por la exageración de los extremos.

El peinado cada día es más «grande». Aun de día persiste la moda de atravesar el moño por cintas artísticamente dispuestas, teniendo cuidado de que sus matices «digan bien» con el color del sombrero.

Con referencia á lo que «se lleva» para vestir bien á niñas y niños de cinco á diez años, he de decir que vienen preciosos modelos de sombreros muy grandes y recargados de adornos, así como también los abriguitos de los chiquillos de esa edad han de ser paletós largos forrados de gruesa lana para preservarlos de los grandes fríos, y con el objeto de que puedan lucir debajo del sobretodo vestidillos más ligeros.

Los trajes *trotteur* con falda plegada y chaqueta larga semi-ajustadas, están «de última».

Como veis, la crónica de hoy abunda en noticias de novedades; pero no me cansaré de advertir que tanto como al figurín hay que mirar la silueta de cada modelo, para escoger las modas según el tipo.

Esto es lo racional, lo práctico y hasta lo verdaderamente distinguido.

LA CONDESA FLOR DE LIS.



Enlace de las letras MA para mantelerías.

MARTIRES

I

Era el atardecer de un día de Enero.

Uno de esos días tristes y fríos en que la Naturaleza, con todos sus rigores del invierno, parece presagiar una de esas catástrofes que, no por humildes é ignoradas, son menos grandes.

Un aire helado y penetrante hacía experimentar al cuerpo que le sufría la desagradable impresión de un baño de hielo.

Nubes de un color claro plomizo, cubriendo completamente la bóveda celeste, daban un tinte trágico á aquella calma de los elementos que se acumulaban incesantemente para deshacerse en grandiosa tempestad de nieve.

Un silencio absoluto, no interrumpido más que por algún silbido del aire que, prisionero por algún obstáculo, escapaba libremente, reinaba en el pequeño y miserable pueblecito, situado en la falda del Guadarrama.

Sus casas, mejor dicho, sus chozas medio en ruínas, tenían cerradas sus puertas al frío exterior, que, como si estuviese indignado por este obstáculo, que le impedía entrar libremente, ponía su obstinación en penetrar por las mil rendijas de las agrietadas paredes y por entre la teja vana de los destartados techos.

No se veía ni un vecino transitar por sus mal llamadas calles; únicamente de trecho en trecho, y con lento paso, caminaban un hombre y un niño.

Llamaban á algunas puertas y esperaban unos momentos; se oía á una voz decir: «¡Dios le ampare!», y volvían á empezar su caminar lento, á repetir su llamada y á oír la misma voz, que en aquel atardecer de frío intensísimo era como una burla, como un insulto á aquel Dios, á cuyo amparo encomendaban lo que su egoísmo de salvajes bestias no les permitía realizar.

Rara vez dejaban de oír el «¡Dios le ampare!», y entonces se abría la puerta y asomaba una mano con unos mendrugos de pan, que el niño cogía ávida-

mente mientras la misma mano volvía á cerrar violentamente la puerta.

Cada vez se hace más intenso el frío, que hay ocasiones que hasta los elementos se muestran implacables con la miseria.

Comasión inspira la de aquellos desgraciados. El hombre, un sexagenario cuyo demacrado y esquelético rostro demuestra que más que la edad le han envejecido los sufrimientos, mal cubre su cuerpo con pingajos multicolores que, unidos entre sí, forman la envoltura de su esqueleto. Sus miembros ateridos querían resguardarse del helado cierzo bajo el abrigo de una capa hecha jirones que le daba un calor muy problemático. Una cayada que sostenía en la mano derecha, sostenía á su vez su entumecido cuerpo; á su izquierda se ase convulsivamente un niño que ocho primaveras no contará.

También está medio desnudo; por los claros de sus ropas se ve la carne amoratada, ya casi insensible al frío. Sus ojos, sin expresión por el sufrir, suplen á los muertos de su abuelo. Desnudos llevan los pies, como desnudas tienen el alma de esperanzas.

Salen del pueblo llevando en el morral unos mendrugos y unos céntimos con que la caridad humana ha creído cumplir con su deber de socorrer al prójimo. Su caminar lento es acelerado por el deseo que sienten de llegar pronto á su choza, donde les aguarda un sér con ansiedades de hambriento y recibirá con alegría—que hasta la más espantosa miseria tiene sus alegrías—aquellos pedazos de pan que les permitirán hacer unas calientes sopas que darán un relativo calor á sus ateridos miembros y han de ser un engaño para su estómago.

Carretera adelante ambulan su miseria. El helado y endurecido suelo les hace contraer el rostro en muecas de dolor á cada paso que dan, como si la tierra con su frialdad, que hierre las carnes con impresión de hierro candente, quisiera negarles lo que hasta entonces no se habían atrevido á negarles los hombres.

Algunos copos de nieve empiezan; el abuelo los siente que se enredan y se licuan en sus cabellos, y con un esfuerzo acelera su andar. Piensa en el que espera y olvida al que, agarrado á su izquierda, le sigue.

—Abuelito, no puedo; me canso.

El anciano acorta el paso, y con su brazo izquierdo estrecha instintivamente contra sus piernas al niño. Con balbuceos de muerte repite:

—Abuelito, no puedo andar; me duelen mucho los pies. Tengo frío, mucho frío.

Y con voz más queda:
—Y mucha hambre.

Su abuelo se detiene y coge en brazos aquel cuerpecito helado, pretendiendo tapanle con su capa; acerca su cara á la del niño, y á besos pretende fundir el hielo de aquel rostro querido.

Saca un mendrugo del morral y se lo da; los agarrotados dedos de la criatura le impiden cogerlo, y el mendrugo cae al suelo. Una lágrima amarga, muy amarga, resbala por la helada mejilla del anciano y se confunde con la nieve que resbala de arriba.

La nieve cae en grandes copos; no tardará mucho en formar manto de armiño sobre la helada tierra.

II

Visión de muerte cruza, si no por sus ojos secos del cuerpo, por los despiertos al sufrir del alma.

El invierno anterior fué: invierno crudísimo, amigo inseparable de la miseria y de la muerte. Vivían en su choza del monte alegres y felices, porque no les faltaba el continuo yantar, y con mucho amor suplían las comodidades de que careciesen y que no necesitaban.

El padre de su nieto trabajaba continuamente en su oficio de carbonero.

Aquel invierno se quedó sin trabajo, y se empezaron á gastar los ahorros, á cuyo fin empezó la miseria. Llevaban dos días sin comer; la madre del pequeño cayó enferma, y no había ni un poco caldo que darla. Entonces el hombre robó: robó un conejo; robó al monte lo que Dios criaba para que todos los hombres lo disfrutasen, y los hombres prendieron al ladrón. Fué condenado á presidio por querer arrebatar á la muerte una presa, por hacer valer su derecho á la vida, por no ser lo suficientemente cobarde para dar como solución á su miseria el suicidio.

Allá quedaron en la más espantosa miseria tres seres; pero qué importa, la justicia estaba satisfecha.

Después, un invierno de cruenta lucha con la muerte, teniendo el anciano y el niño que salir por los pueblos inmediatos para, llegada la noche, poder comer unas desengrasadas sopas.

Su hija cayó enferma, víctima de tantas privaciones, siendo su enfermedad el hambre.

III

La nieve, cayendo en gran abundancia, vino á sacar al anciano de su meditar.

La carga que llevaba, aunque débil, era superior á sus fuerzas, y sus piernas se negaban á sostenerle. Hizo un último esfuerzo, y apretando contra su pecho al niño, aceleró el paso. Mentalmente pedía fuerzas á Dios, pues comprendía que si le faltasen caería para no levantarse más.

Sin embargo, llegó un momento en que le fué imposible continuar. Sus pies ateridos ca-

recían de movimiento y parecían estar clavados á la helada nieve; tuvo que dejar en tierra su preciosa carga.

—Haz un esfuerzo, hijo mío. Yo ya no puedo llevarte. Debemos estar cerca de la choza y hay que llegar donde nos espera tu madre.

El niño recuerda que su madre espera y también tiene hambre, y olvidándose de sí mismo, agarra á su abuelito de la mano y le arrastra tras de sí. Quiere llegar pronto para que su madre coma.

Allá á lo lejos se oye un ruido seco y continuado que se acerca por momentos. Se ve un bulto moverse en lo alto de una cuesta de la carretera y descender rápidamente por ella: es un automóvil.

Sus ocupantes no llevarán sus cuerpos helados, sus miembros rígidos ni su estómago ayuno; para lo primero hay costosas pieles, y para evitar lo segundo suculentas comidas.

Corren vertiginosamente, sin que la nieve helada les abraze los pies ni el cierzo helado les atenace sus carnes.

Ven dos bultos en la carretera, y no se cuidan de acortar velocidad; ni siquiera se preocupan de que puedan ó no atropellarlos, que, en verdad, la vida de dos miserables mendigos bien poco puede importar al mundo.

Un choque violento ha derribado en la nieve al pobre anciano. Quiere levantarse y no puede; instintivamente busca la mano del niño y no la encuentra. Le llama; primero débilmente, después con desesperación, y nada le contesta. Abre los ojos desesperadamente como queriendo ver en sus tinieblas eternas; busca arrastrándose por la nieve, y allí encuentra el pingajo humano completamente deshecho; le abraza en horribles convulsiones, y extendiendo su helada mano, lanza una maldición, que no quiso salir íntegra de su garganta.

La Naturaleza, piadosa aún en sus tragedias, cubrió con manto de armiño á aquellos mártires de la miseria.

GERMÁN CUADRADO (Gece).

Festones para bordar, Fuentes, 7.



Anagrama MS para servilletas.



Enlace de las letras MP para ropa blanca.



La Moda

12



Práctica

Estafeta de La Moda Práctica

B. B.—Los cupones entran en suerte todos. En caso afortunado, para recoger los regalos es cuando hace falta la presentación en nuestras oficinas del recibo corriente de abono á LA MODA PRÁCTICA ¿Comprende usted? Es bien sencillo.

Rosa Blanca.—Tenga la bondad de dirigirse directamente á las oficinas de este periódico.

F. S.—Se recibió el cupón y, desde luego, entró en suerte.

Mi hermana y yo.—Primera pregunta: En lugar de las pinzas emplee usted el procedimiento de la electrolisis, con lo que evitará esas irritaciones que le producen el arrancar el vello con las pinzas.

2.^a No emplee la potasa para favorecer el rizado del pelo. Use mejor la cerveza tibia.

3.^a Lo del precipitado blanco no me parece bien. No se pueden emplear las cosas así sin ton ni son. Aconséjese de personas peritas.

En vez del precipitado, use sencillamente los polvos *toujours vingt ans*, y conseguirá la adherencia que desea.—Lo que dice la Grafología, examinando la letra de usted, no es agradable para su persona. Por eso no detallo el dictamen. Y perdone la mala noticia. Yo no he tenido la culpa. ¿Usted no sabe el cuento del curioso impertinente?

M. H.—Se reciben los cupones. No habrá llegado el turno.

Pensativa.—Haga las consultas que desee y tenga un poquitito de paciencia. No tiene más que dirigirme una carta en este sentido. Sus cupones entraron en suerte.

P. G. P.—Sí, señora.

Iglesia.—A mí, particularmente, me parece muy bien su idea; pero nada puedo resolver. Traslado su proyecto á la Dirección y ella decidirá.

Vivi mi moreno.—No me opongo, hija mía, á que se corte el hilo de esa preciosa existencia, á mayor abundamiento, siendo él moreno, y, sobre todo, de su propiedad.

Para conseguir una buena cabellera, vea lo que en el número pasado aconsejo á *Una madrileña trasplantada*, y á quien ofrezco la receta que usaba la famosa Lola Montes.

Hispanófila.—Bravo por la palabrita. Se conoce que es usted mujer de estudios. Preocúpese tanto de la literatura como de que desaparezcan las incipientes canas que empiezan á orlar su frente, para lo que debe hacer uso de la tintura Jouvence, muy recomendada por su modo de obrar rápido y, sobre todo, por lo inofensiva.

Una española.—¿De modo que

se empeña usted en que tengo bigotes? ¿Tan fea me cree usted? Con ó sin ellos, yo tendré siempre mucho gusto en contestar á sus preguntas, procurando resolver todas las dudas.

He aquí la receta que me pide del Agua de Botot, el mejor elixir:

Anís verde.....	30 gramos.
Clavo de especia.....	10 —
Canela.....	8 —
Esencia de menta.....	1 —
Alcohol de 90°.....	1 litro.

También es excelente esta agua dentífrica.

Alcohol de 90°.....	100 gramos.
Esencia de rosas.....	75 —
Tintura de iris.....	75 —

A. H.—Lo que se sirve consultarme en la primera parte de sus consultas es un mal para el que no conozco receta, y aun casi podría asegurar á usted que no lo tendrían los mismos profesores médicos.

Lo de las manchitas necesitaría verlas ó, por lo menos, saber cuál es su origen.

Una filipina.—No tendrá usted ocasión de decir que el bueno de San José le ha pasado el cepillo en cuanto sea un poco constante con el régimen que sigue: Está basado en el alimento que debe abundar en materias feculentas y azoadas.—La cervezas y aguas arsenicales contribuyen también muy mucho al objeto deseado. Asimismo es convenientísimo tomar cada quince días un baño arsenical, conteniendo diez granos de arseniato de sosa.

Recibimos su cupón y el de su amiguita, y desde luego puedo asegurarle que entraron en suerte.

La de los claveles dobles.—No es posible que los remedios surjan inmediatos efectos. Por eso es necesario que se tenga alguna constancia. Siga usted con el tratamiento del Agua de la Juventud, sin rival para hacer que desaparezcan las huellas de las viruelas, así como también el mismo remedio le sirve para combatir el paño que tiene en el rostro.

Una cubana.—Para que el cabello se ondule, naturalmente, nada hay mejor que locionarlo con cerveza tibia. Los polvos que desea y que darán á su rostro la blancura mate deseada por usted, son los de «Siempre veinte años».—Con los ojos, lo mejor que puede usted hacer con ellos es dejarlos en paz. Les basta con ser cubanos para ser bellos.

Un sevillano.—Gracias, ante todo, por el ofrecimiento de la Secretaria... cuando usted sea ministro. El cupón entró en suerte. Para combatir el vello, la electrolisis, ó sea epilarse por medio de la electricidad. Es el único procedimiento radical. Con referencia á lo que me

dice en la última parte de sus consultas, como no se haga usted pasar un rodillo prensador...

Una entusiasta de Benavente.—No hace mucho que contesté una carta dirigida al mismo pseudónimo. De todas suertes, aquélla y ésta esperaron en turno riguroso. (Aviso á las que se creen que contesto á capricho). Recibimos su cupón y, desde luego, entró en suerte. Claro está que soy yo la que abre la correspondencia á mi dirigida. A su debido tiempo trasladé su ruego de dibujo á la sección que corresponde.

Una rata.—Pero, hija mía, ¿no puede ser que elija usted otro pseudónimo? Leer su carta y sentirse una gato es la misma cosa.—Las faldas, aunque sean de corselete, se «sujetan» lo mismo que todas, y en cuanto á lo de las cintas, ruégole se fije bien en el figurín.

A una catalana.—La pasta y crema *Izur* es lo mejor que se conoce para blanquear y suavizar la cara y las manos; no tiene que encargarla, pues la venden también en Barcelona, calle del Carmen, 42.

Mefistófeles.—Lo que en su carta se sirve manifestarme no es de mi particular incumbencia. Así es que ruego á usted se dirija al director de este periódico.

Con el aceite ricino, la brea, el azufre y, sobre todo, la quina, se combate la caída del cabello.

F. L.—Pues ya lo creo que entran en suerte los cupones que depositan las suscriptoras en el buzón que hay en el portal. El tinte Jouvence, desde luego, puedo asegurarle que es inofensivo, y tenga la evidencia de que surte efectos rápidos.

A. de P.—Recibimos su cupón y recomendé su ruego en la sección de dibujos.

Carmen.—¿Con que no se llama usted así? Pues lo siento, porque es un nombre bonito que haría *pendant* con su bello rostro. De que sea cierto esto último no tengo, por desgracia, otros motivos para asegurarlo que la propia declaración de usted, cosa que por lo original me resulta bien, aunque pese á la modestia. El acné rosáceo que desfigura un poquitillo esa preciosidad de carita, puede usted combatirlo con el Agua de la Belleza, provechosa también para los barros y espinillas.

Consulte usted cuanto quiera, que yo tengo mucho gusto en poderla servir, aunque sólo fuera en agradecimiento á la cortés amabilidad de sus frases.

Marroquí.—Con tal de que no sea usted rifeña nada tengo que decir, como no sea que en las actuales circunstancias es muy poco oportuno elegir este pseudónimo con que firma su carta.

Aprenda usted de un amigo mío que, inflamado de amor patrio, dejó de saludar á un amigo por tener éste tipo africano. Aquí y en Tetuán y en Fez no está de sobra que se cubra usted las canas con el Agua Oriental, aunque esta receta tenga la desgracia para usted de no proceder del Islam, su país predilecto. Ea efecto, yo también había oído hablar de la hermosura varonil de los moros; pero á juzgar por los retratos que nos remiten los correspondientes fotógrafos que han ido á la guerra, desapareció toda la ilusión; y el *Gato*, *Maimón Mojatar*, el *Santón de la Puntilla* y cuantos apreciables sarracenos conozco en cartón, valen menos que el más feo de los cristianos. Si usted opina lo contrario, por mí ya sabe que no he de oponerme á que rapte usted al propio Muley Hafid.

R. G.—Lo que se llama tónico es distinto del Agua Oriental. Lo uno se usa para fortificar los cabellos, lo otro para uniformar el color del pelo, que aparece con vetas por el empleo de tintes diversos. Eso del tornasolado que usted me indica le ha de desaparecer con la receta que le indico. En este mismo número digo á otra suscriptora lo que considero mejor para impedir la caída del pelo, y es el empleo del aceite de ricino, la brea, el azufre y, sobre todo, la quina.

Recibimos su cupón que, desde luego, entró en suerte.

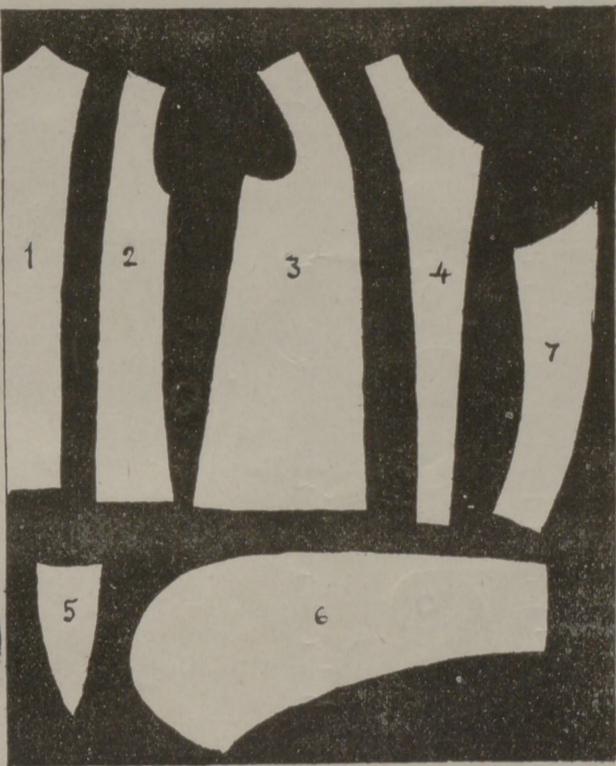
Sánchez.—Hombre, yo creo que lo primerito que hay que hacer es que se decida el *primo* á fijar la fecha de la boda. Esto lo hacen todos los novios decididos á ingresar en el gremio de maridos, con más razón siendo un *primo*. ¿Que si debe usted tirarle de la lengua? En mi concepto, no hay inconveniente, teniendo usted cuidado de hacerlo con oportunidad y discreción. Lamento mucho lo de la desgracia de familia, y quiera Dios que, para su próxima carta, pueda usted hablarme de boda y después de bautizo.

Recibimos su cupón.

Una rubia de quince años.—Yo creo que, si tanta curiosidad tiene, no pierde usted nada con escribir. Por lo menos se trata de algo entretenido. Recibimos su cupón, que entró en suerte. Lo de la reclamación de los números, ruégole que se dirija directamente á nuestras oficinas administrativas. El periódico se publica todos los miércoles. Lo que me pregunta de la cal, siento decirle que lo ignoro. ¿Pero es que va usted á revocar alguna cocina, teniendo quince años y por añadidura rubia?

La Secretaria.

FIGURIN DEL PATRÓN CORTADO



Saquito para niñas de doce años.

Este modelo, ejecutado en pañete inglés, de forma vaga, cruzado ligeramente sobre el costado izquierdo y abierto por abajo, va ribeteado con pespunte á máquina, y la manga es hechura sastré.

De guarnición lleva solamente un cuello solapa con vuelta de terciopelo.

Este figurín consta de siete piezas.

Número 1. Espalda, que se corta al doblez de la tela para sacarla entera.—Número 2. Costado correspondiente á la espalda.—Número 3. Costado correspondiente al delantero.—Número 4. Delantero.—Número 5. Mitad del cuello.—Números 6 y 7. Manga.

OYENDO UN VALS

La delicada, exquisita galantería de los rigodones de honor, las graciosas monadas del *pas á quatre*, ceden la primacía, hacen una abdicación forzosa en el reinado de los bailes de salón, ante su indiscutible monarca, el vals.

Y es que lo más agradable, lo más bello, lo más sugestivo que tiene una gran fiesta de buen tono, son las mujeres jóvenes y bonitas envueltas en nubes de gasas multicolores, girando el cuerpo gentil en caprichosas ondulaciones, á los compases lentos, cadenciosos, de los valsés de Strauss, Leo Deibes y Offenbach.

¡Oh, vals! Forzosamente hay que proclamarte el baile favorito de la juventud elegante.

La música de un vals influye en muchas de nuestras emociones más recónditas é intensas. Lo prueba el que en cientos de veces habremos evocado alguna imagen querida, y de modo inconsciente, al escuchar no más que el prelude de una tanda de valsés.

Aquel diluvio de notas que acaricia primero nuestros oídos, nos hierde después un rincón de la memoria exhumando un recuerdo que para siempre juzgá-bamos sepultado, y pulsa un segundo más tarde las fibras del corazón, arrancando melancólicas ó alegres, pero siempre sentidas vibraciones.

No sé qué tiene para mí de misterioso y fascinador la mú-

sica de los valsés ingleses, alemanes y austriacos.

Graciosa "toilette" de calle.



Levita de terciopelo verde ó azul obscuro, entallada en alto, con cuello solapa de raso blanco y bocamangas de lo mismo, sobre un vestido Princesa entallado con encuadramiento de un canesú de tul pisado.

Esos acordes pensados, majestuosos, graves, llevan al alma hacia un mundo ideal.

Estas impresiones suelen dejar un poso amargo en el corazón.

Acaso las nebulosidades del Támesis, del Danubio y del Spree, infiltran en los compositores la tristeza de sus brumas, tristeza que comunica al oyente una melancolía soñadora, asequible tan sólo á los que viven la vida del alma...

Cientos de luces quebrando sus rayos en palmeras monumentales, intenso cabrillear de las piedras preciosas, el negro frac de los caballeros contrastando con el tono claro de espléndidos tocados femeniles, chispeantes discretos, *frou-frou* de la seda, delicados aromas de ricas esencias, y en medio de este cuadro halagador y atractivo, frívolo y señorial, el derroche de suavísimas notas que en elegante sordina deja escuchar una orquesta francesa.

A tan mágicos sones, como las magas blancas de un cuento color de rosa, surge una rubia lindísima, espiritual y soñadora, haciendo maravillas en el Boston.

Aún perdura el encanto, cuando esbelta y graciosa, húmedos los labios, palpitante el seno, pasa, valsando, una morena gentil. Semejan sus giros el vuelo pausado de una golondrina, mientras se compara á la rubia con el cisne de nevado plumaje deslizándose por la superficie de un lago...

Dibújanse en el cielo los primeros reflejos del rosicler de

la aurora, y cuando se han despedido los invitados, terminada la fiesta, no son sólo alfileres y cintas del cotillón lo que resta del baile: queda, también, como alimento principalísimo del alma enamorada, el ulular del último vals que bailamos con ella, lejana, celeste y confusa armonía, palacio del ensueño, y que nos acaricia después de una noche de fiesta cuando buscamos en el lecho reposo á nuestra fatiga, y en esos momentos indeterminados que separan la vigilia de la inconsciencia del que duerme.

ENRIQUE SÁ DEL REY.

Vestido Princesa gran novedad.



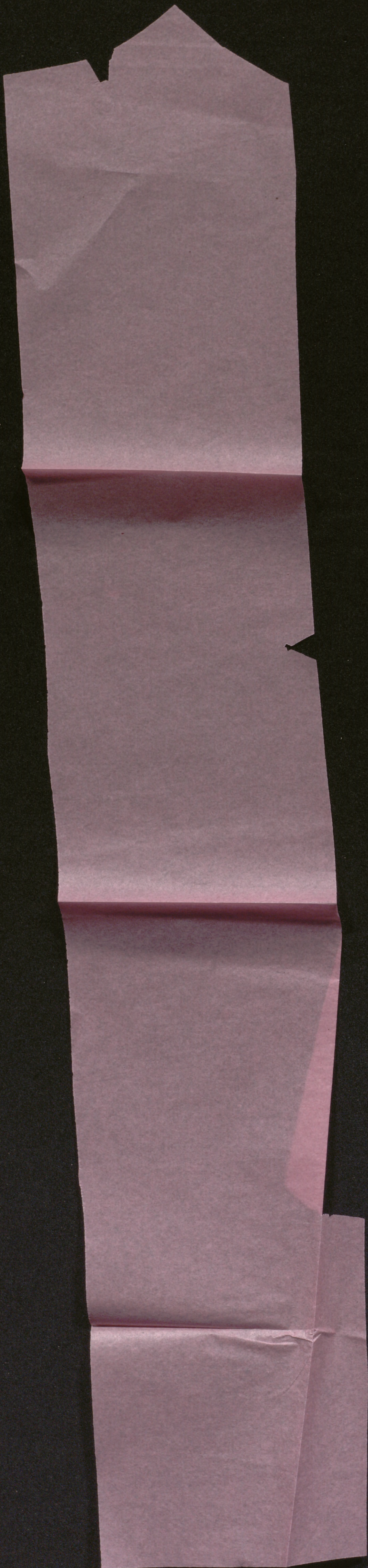
Con la parte superior compuesta de un canesú de la misma tela, con un biés de satén y adornado de *soutache*, que descansa sobre las pegaduras de las mangas, que terminan en un puño. Tabier por delante con adorno de botones y descansando sobre un volante fruncido con forma de media cola.

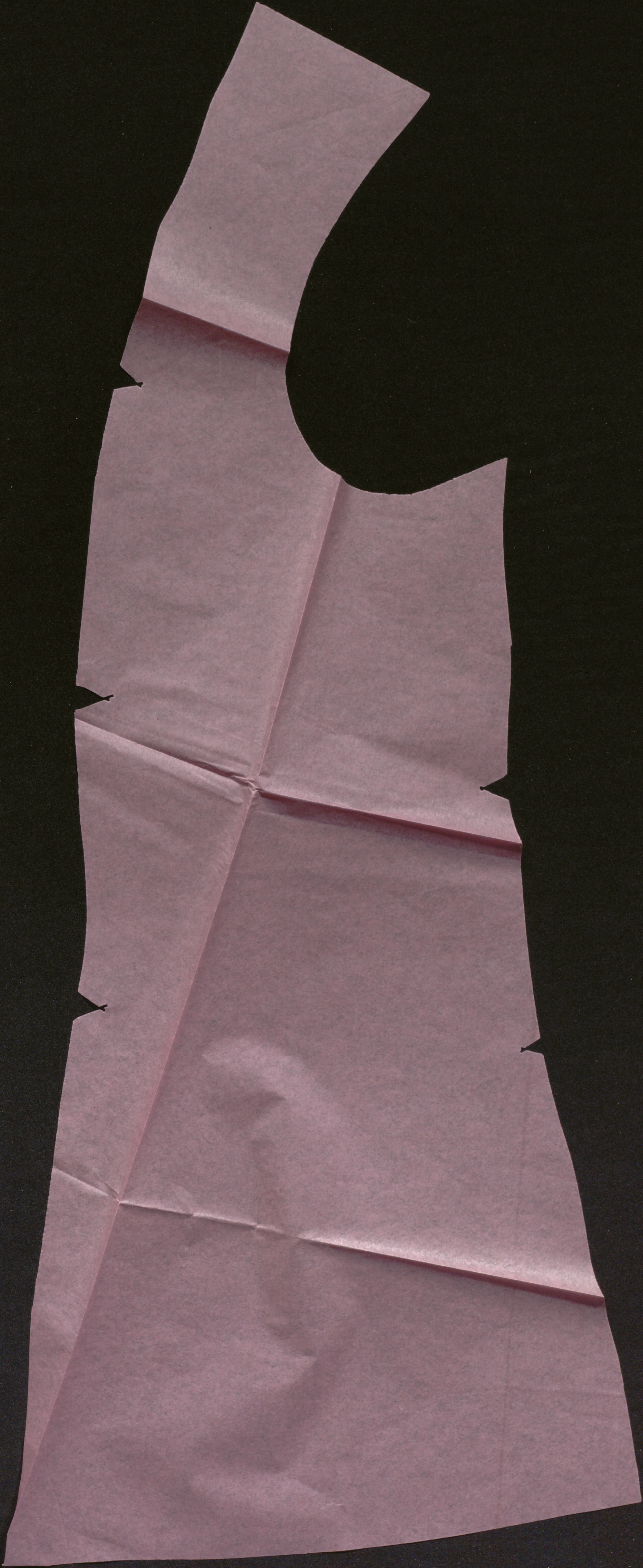
A NUESTRAS SUSCRIPTORAS RECOMENDAMOS LAS SIGUIENTES CASAS

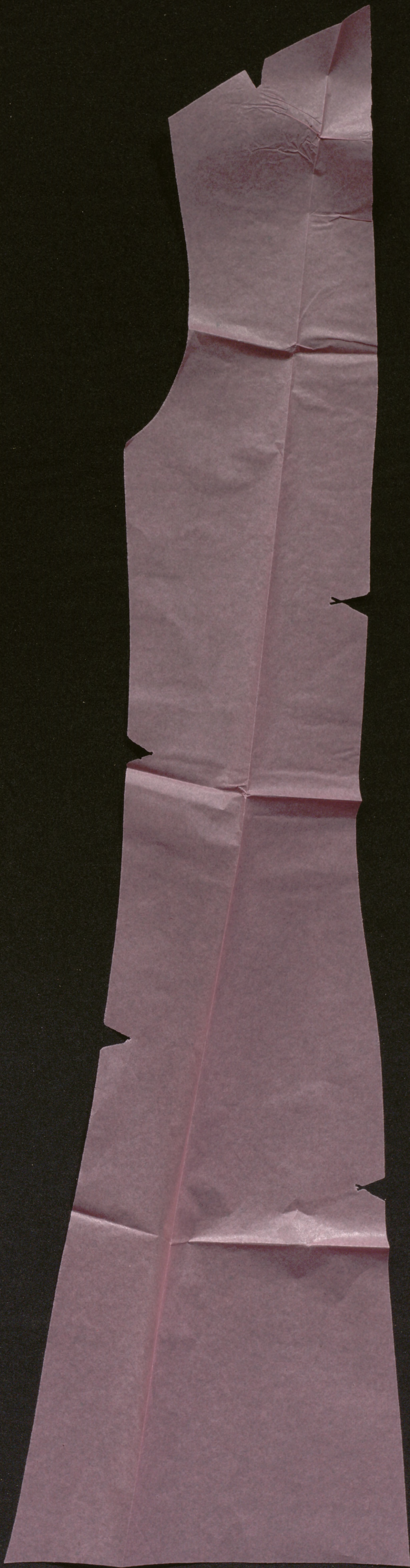
Novedades para señoras. Encajes, confecciones, lanería. *Martin G. Labiano*. Plaza Santa Cruz, 1. Esquina á la de Bolsa.

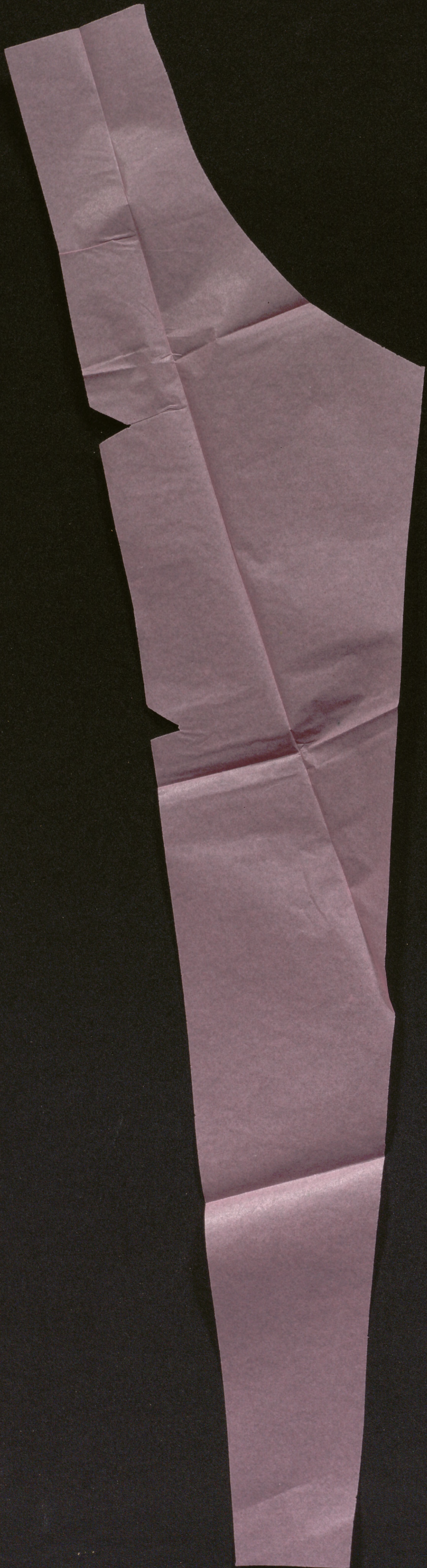
Academia modelo de corte y confección Enseñanza completa garantizada. *Jesús del Valle, 6.*

FIGURINES EXTRANJEROS Administración general en España **San Alberto, 1, Madrid**

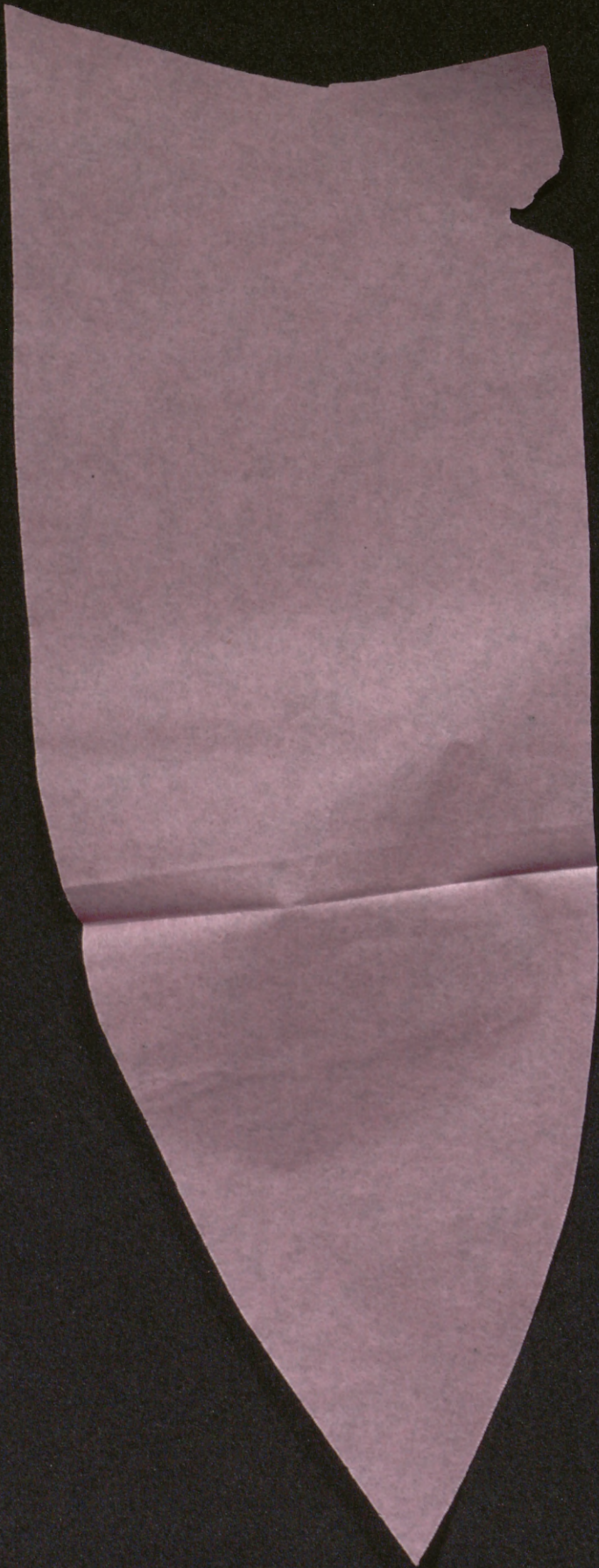










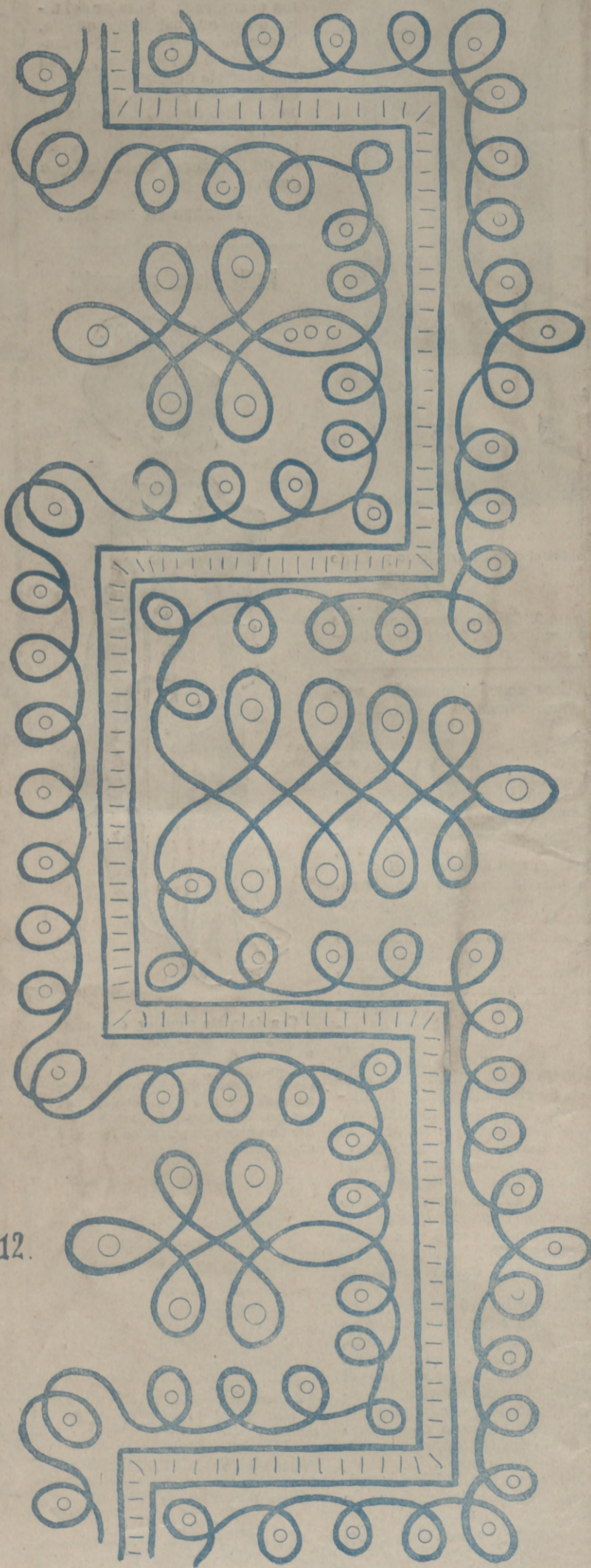


LA MODA
REGALO D
ATROY CO
El patrón de
cristal
LA MO



9.

Leocadia



12.

10.



Solita

13.

Tuanita

M. SALVI

11

